

Crónica del

Concilio

Ignacio Elizalde, S. J.

EL Concilio, con la Constitución litúrgica, ha superado el liturgismo estrecho del siglo XIX para restaurar el sentido de los ritos, destinados a la celebración activa y comunitaria. Del mismo modo, la restauración de la colegialidad devuelve el sentido a la función episcopal, que se había restringido con un reglamento cada vez más complicado. Los obispos pueden ahora tomar iniciativas y entablar un diálogo orgánico y constructivo con la Santa Sede. El esquema del apostolado de los laicos está redactado con el mismo espíritu. En vez de mantener a los laicos en una sumisión pasiva, restaura sus iniciativas y responsabilidad. Así podríamos ir recorriendo los diversos esquemas.

No se trata de una novedad, sino de una restauración de las normas conforme al Evangelio y a la gran tradición cristiana.

Un sí a las misiones y no al esquema

Interrumpiendo el esquema de la Iglesia en el mundo se ha tratado el tema de las misiones. El Papa ha querido estar presente el primer día de la discusión para resaltar con su presencia la importancia del esquema y su empeño especial de que la Iglesia es esencialmente misionera, también en los tiempos de hoy. No nos explicamos la frase del Papa exhortando a los Padres a la rápida aprobación del esquema, cuando las intervenciones de todos los obispos, que estaban ya en secretaría cinco días antes, eran negativas y el esquema era muy flojo. ¿Un fallo de los redactores del discurso y de los consultores del Papa?

El tema fue tratado con humor y profundidad al mismo tiempo. El obispo de Rodesia, Mons. Lamont, citó las palabras del Evangelio: "Vine a encender el fuego sobre la tierra, y ¿qué quiero, sino que arda?" El esquema no enciende nada porque no es más que una pobre candela.

Las propuestas se hacían por todas partes. Definir mejor las misiones; cambiar la organización y el nombre mismo de la Congregación de "Propaganda" y el nombre mismo de "misión", que a veces tiene un sentido paternalista y colonialista. Esta última fue la propuesta de Mons. Grotti, del Brasil. El cardenal Leger y otros Padres han insistido en la creación de un Consejo de evangelización, dotado de autoridad para promover la auténtica adaptación y una mayor eficacia. Sería un Consejo de obispos parecido al Consilium para la liturgia. Aunque crearía un problema delicado al determinar sus relaciones con la "Propaganda Fide".

Muchos han tocado el tema de los catequistas, sus estatutos y los medios para su existencia. Monseñor Yougbare propuso la fundación de un centro internacional en Roma, Centro de San Pablo, para su formación. El cardenal Frings, de Colonia, sugirió la fijación de una tasa en cada diócesis para contribuir a las misiones. Por su parte, los alemanes dan cada año más de un millón de bolívares para las misiones.

Se oyeron algunas cosas un poco fuertes. Las misiones a veces aportan la civilización occidental con todos sus elementos decadentes en contra de las civilizaciones autóctonas, dijo Mons. Moors, de Holanda. La eficacia de los institutos

misioneros será más eficaz cuanto mantengan más el diálogo entre los que dan y los que reciben.

Todos estaban de acuerdo en que las misiones son una cosa esencial en la Iglesia, como declaró el cardenal Frings, y más todavía en estos tiempos. Por eso conviene consagrarles un buen esquema. La montaña ha engendrado un ratón, dijo Mons. Geise, de Indonesia. El NO al esquema fue, por consiguiente, de una fuerte mayoría. Pero este NO implicaba un SI profundo a las misiones.

Un ateísmo polifacético

Durante la primera sesión se habló poco del ateísmo. Porque la atención se concentró en la reforma de la Iglesia y porque se quería evitar todo anatema y condenación.

En esta sesión, con ocasión del esquema de La Iglesia en el Mundo, se han oído voces pidiendo al Concilio la condenación del ateísmo. Otros especificaron sus deseos, refiriéndose en concreto al comunismo. La voz más fuerte contra el comunismo ateo fue la de Monseñor Yu Pin, arzobispo de Nanking (China), expulsado por el comunismo, quien habló en nombre de 70 obispos.

La insistencia sobre el ateísmo marxista ha producido cierto mal-estar entre los observadores no católicos. Y, por supuesto, entre los rusos. Monseñor Ancel, obispo de Lyon, uno de los que han redactado el esquema, hizo notar en una conferencia que se quiso evitar toda alusión concreta o condenación al comunismo y al capitalismo. Y Mons. Guano, obispo de Livorno, afirmó, después de una audiencia con el Papa, que se quiere hablar en el esquema del ateísmo en todas sus formas.

Es evidente que el marxismo no es la única forma de ateísmo, aunque sí la más potente y organizada. En nuestra época hay muchas formas de ateísmo. La más extendida en los países llamados libres es el ateísmo sin ideal, egoísta, o mejor, cuyo único ideal es el dinero y cuyo único imperativo es la eficacia y el bienestar material.

Otra faceta del ateísmo de hoy está representada en el mundo obrero. En este sector recibe el nombre de descristianización. ¿No será una de las principales causas de este fenómeno de descristianización?

tianización las injusticias sociales, las estructuras burguesas, que mantienen muchos que se dicen católicos, y el falso testimonio que hemos dado nosotros los sacerdotes?

A veces, la negación de una determinada idea de Dios es el punto de partida para buscar el verdadero conocimiento de Dios. Los primeros cristianos fueron perseguidos por "ateos", porque negaban a los falsos y mediocres dioses romanos.

Conviene que lo que diga el Concilio sobre el ateísmo sea fruto de madura reflexión. Sería también interesante que el Concilio extirpara de raíz esas caricaturas del Dios auténtico, del Dios es amor, que a veces fabricamos los cristianos a nuestra medida para justificar nuestros convencionalismos e intereses.

La bomba atómica y la guerra

No resulta fácil elaborar un documento conciliar en el que se digan, a propósito de la paz, palabras más altas y convincentes que la encíclica *Pacem in terris*. Pero se hace necesario que la Iglesia estudie en un Concilio los conceptos que sobre la guerra justa se han venido admitiendo por los teólogos y moralistas. Las guerras han cambiado últimamente, no solamente de un modo cualitativo, sino de una manera sustancial. Por consiguiente, no se puede aplicar a ellas la doctrina tradicional.

Es fácil refutar las teorías que se basan en la razón de Estado —el fin justifica los medios— o en el derecho del más fuerte. Pero también actualmente se ataca la teoría tradicional que justifica la guerra en ciertas condiciones. Algunos moralistas creen que hoy ninguna guerra es lícita porque ninguna puede cumplir las condiciones exigidas. La guerra es un fenómeno histórico, fruto de ciertas estructuras sociales, como lo fue antes la esclavitud. Modificando estas estructuras se podrá eliminar la guerra. Esta modificación no se podrá realizar mas que a través de una organización internacional basada en el derecho.

Esta teoría sostuvo en el Concilio Mons. Ancel, obispo de Lyon, y fue muy aplaudido. Mons. Ancel ve una contradicción en el esquema. Por una parte afirma la lici-

tud de la defensa contra una injusta agresión. Por otra condena severamente la guerra, sobre todo la guerra atómica. Las dos afirmaciones están sólidamente fundadas. Sin el derecho a la defensa, la violencia tendría campo libre. Pero el derecho a la defensa implica el derecho a preparar las armas atómicas. ¿No es ésta la razón por qué, a pesar de la voluntad general de paz y los trabajos de las conferencias internacionales, no se consiga ningún progreso en el desarme nuclear? La manera de superar esta contradicción sería una organización internacional que tuviera únicamente ella el derecho de la fuerza armada.

El cardenal Alfrink, primado de Holanda, habló de la ambigüedad del esquema. Parece que admite solamente las bombas llamadas "sucias", aquellas cuyos efectos no son previsibles ni controlables, pero sí las bombas "limpias", las que no producen efectos secundarios mas que los previsibles igualmente terribles.

Entre los que han intervenido en el Concilio sobre esta materia, el auxiliar de Washington, Monseñor Hann, y el arzobispo de Liverpool, Mons. Beck, han insistido principalmente en los servicios que puede realizar la bomba atómica en la legítima defensa y en el mantenimiento de la paz. Alguno, bromeando, ha dicho que estas intervenciones habían sido hechas por el Pentágono.

La Iglesia debe ayudar a construir estructuras a nivel mundial que hagan desaparecer la distinción entre guerra justa e injusta, haciendo toda guerra ilegítima. Así también en un tiempo era legítima la esclavitud y hoy todo el mundo la considera un crimen.

Mons. Heeran, los peritos y las píldoras

La intervención de Mons. Heeran, arzobispo de Westminster, del que se dice será uno de los primeros a quienes se concederá la púrpura cardenalicia, constituyó la crítica más dura al esquema de la Iglesia en el Mundo, dosificada con un humorismo y habilidad anglosajones. De tal manera que al final se hizo aplaudir por aquellos que eran contrarios a sus ideas.

Mons. Heeran no ha tenido pelos en la lengua. Los peritos, afirmó, han trabajado con toda su al-

ma. Pero el documento que han presentado es indigno de un Concilio. Si hablamos de un diálogo entre la Iglesia y el mundo, hay que hacerlo de un modo claro y concreto. Cree que es ridículo, después de haber consagrado tanto tiempo a los problemas de naturaleza exclusivamente teológica, inteligibles para el hombre vulgar, afrontar ahora con improvisación y ligereza los temas del hambre, de la guerra nuclear y de la vida familiar que entiendo el hombre de la calle. No citan las encíclicas de los Papas. Responden que el Papa no goza en ellas de infalibilidad. Tampoco la infalibilidad de los peritos es hasta ahora dogma de fe, añadió con humor.

Todo este alegato contra los peritos parece que se relacionaba con el P. Haering. En recientes artículos este moralista alemán, redactor de parte del esquema XIII, ha tomado posiciones en materia de regulación de nacimientos más abiertas que el episcopado inglés, principalmente en lo que se refiere a las nuevas píldoras anovulatorias.

Por eso Mons. Heeran añadió: "Se sabe que algunos médicos trabajan en encontrar una problemática píldora contraceptiva. Algunos ven en ella una panacea para resolver todas las dificultades sexuales de los esposos. Hasta que se encuentre esta solución, añaden los anejos del esquema, pertenece a los esposos, y a ellos solos, el último juicio moral, naturalmente, según la doctrina de la Iglesia. Pero precisamente lo que los esposos nos piden es cuál es la doctrina de la Iglesia. Y el esquema no responde a esta cuestión.

Era la primera vez que se hablaba en el Concilio del control de la natalidad. Más tarde hablaron, entre otros, los cardenales Leger, del Canadá, y Suenens, de Bélgica. El primero advirtió que el esquema quiere evitar la distinción entre fin primario y secundario (procreación y amor mutuo) en el matrimonio. El amor conyugal interesa al hombre todo, cuerpo y alma. Suenens subrayó que hay que equilibrar la doctrina bíblica: "creced y multiplicaos", con la de "serán dos en una sola carne". A veces la doctrina de los manuales de moral no cuenta con los datos nuevos de la ciencia de hoy. Monseñor Beitia, obispo de España, in-

sinuó que se incluyera el concepto de contrato, que da al matrimonio estabilidad y constitucionalidad.

La Iglesia, pues, trata de dar solución a los conflictos que han surgido con una ley siempre válida y las dificultades de la vida actual.

Sobre los religiosos

El esquema que se ha presentado a los Padres conciliares es la reducción en muy pocas páginas y en 20 proposiciones de una serie de proyectos que pasaban de las 130 páginas. Trata principalmente de una renovación y "aggiornamento" de la vida religiosa. Se han eliminado de él los demás capítulos. Se usa la palabra renovación más tímida que la palabra reforma, tan tradicional en esta materia.

El debate fue vivo, denso y algunas veces aplaudido. En la votación resultaron 1.155 votos a favor y 882 "con enmiendas". Pero los votos "secundum modum" no son negativos contra la vida religiosa. Muchas de estas enmiendas fueron propuestas por los religiosos, interesados en que el esquema quedara perfecto. En conjunto se aprobó el esquema, pero se exigió una profunda revisión de él.

Algunas órdenes religiosas llevan todavía el peso de unas costumbres y una concepción del siglo XIX. Por ejemplo, la separación de clases con hábitos distintos; el que nunca pueda salir una religiosa sola; el uso de hábitos incómodos, insanos y complicados, que usaron las mujeres en otros tiempos, etc.

Se trató toda clase de cuestiones: la delicada cuestión de la distinción entre órdenes e institutos seculares; la distinción entre vida activa y vida contemplativa; la significación de los votos religiosos y en especial el de pobreza con el sentido actual de testimonio, no individual, sino colectivo, relativo a toda la comunidad; el problema ya medieval de la relación entre los obispos y los religiosos.

El cardenal Bea pronunció la palabra crisis respecto a la vida religiosa. El cardenal Leger afirmó que más que de crisis de obediencia había que hablar de crisis de autoridad, y exhortó sobre todo a las superiores a ejercer no una autoridad paternalista que crea en las súbditas infantilismos, sino a conseguir una obediencia de ma-

durez y de responsabilidad en las súbditas.

En el mundo existen más de un millón de religiosas y unos 700.000 religiosos. En total, dos millones de personas consagradas a Dios. Convendría, por consiguiente, y sería muy importante que el esquema de los religiosos lograra una reavivación de estas grandes fuerzas de la Iglesia.

Los seminarios

En los últimos días del Concilio se trató de otro breve esquema, destinado a los seminarios o formación de los sacerdotes. Este texto, como el de los religiosos y alguno más, es el resumen en 20 proposiciones, en cuatro páginas, de los antiguos proyectos (60 páginas en 1962; 12 páginas en 1963).

La formación de los sacerdotes tiene una importancia capital. En los primeros tiempos del cristianismo brotaban del fervor intenso de la comunidad cristiana. Eran elegidos entre las personalidades más relevantes (casados o no, al menos en los primeros siglos). Cuando se relajó el fervor de estas comunidades se asistió a la crisis más grave del clero en la Iglesia: la simonía, las investiduras, el concubinato. En el siglo XI se llevó a cabo la reforma de Gregorio VII, pero la formación de los sacerdotes estaba todavía poco organizada. Esta fue obra del Concilio de Trento, con la institución de los seminarios, con una vida de comunidad y un programa de estudios orgánicos.

Actualmente la red de seminarios se ha llegado a extender por todo el mundo. Estos han sido minuciosamente reglamentados y uniformados. Pero necesitan hoy, sin duda, una renovación. Si comparamos, por ejemplo, el progreso de la enseñanza en las universidades en estos treinta últimos años y las modificaciones en los estudios de los seminarios, veremos la lentitud de su evolución. Quizá la autoridad de Santo Tomás y del "magister dixit" ha sido sobrestimada. El esquema da principios interesantes: que los rectores de los seminarios tengan experiencia de ministerios; que la Sagrada Escritura sea el alma de toda enseñanza; que haya una especie de noviciado a la entrada del seminario; que haya una interrupción de los estudios para tiempo de prueba.

El esquema habla también de una formación "humanística y científica". Los dos términos son un poco ambiguos. Sobre todo el primero, si se refiriera únicamente a la cultura greco-latina sería una equivocación. El problema de los conocimientos que se adquieren en el seminario y de la capacitación de los seminaristas no está en función de las necesidades actuales.

Ultimos días del Concilio

La educación católica ha sido otro de los temas tratados dentro del esquema de La Iglesia en el Mundo. Sobre todo, algunos obispos norteamericanos han hecho una defensa muy clara y urgente de los derechos de la Iglesia a enseñar en universidades propias y centros de enseñanza.

Los últimos días han revestido una tensión y un interés especiales. Se trataba de aprobar puntos muy importantes, como la colegialidad, el ecumenismo, la libertad religiosa. En el tema de la colegialidad, el ecumenismo, la libertad religiosa. En el tema de la colegialidad intervino personalmente el mismo Papa, añadiendo una nota, necesaria, para la explicación del famoso y discutido capítulo III de Ecclesia, sobre la colegialidad de los obispos. En él se decía, entre otras cosas, que esta colegialidad les venía a los obispos de la consagración episcopal, juntamente con la "comunidad jerárquica" con el Papa y los demás miembros del colegio episcopal, y se subrayaba el primado bajo todos los aspectos. La nota fue puesta, después de haber votado el Concilio por una inmensa mayoría solamente 10 en contra— el esquema de Ecclesia. También después de aprobar el Concilio por otra inmensa mayoría el esquema del Ecumenismo, el Papa añadió 19 correcciones. Una, por ejemplo, en vez de "los protestantes encuentran a Dios en la Escritura", corregía: "buscan a Dios". La Virgen, como Madre de la Iglesia, la proclamó el Papa en el último discurso de clausura, aunque el Concilio, en el capítulo de la Virgen, había omitido este título.

Pero la tensión mayor se ha producido con el aplazamiento del tema de la libertad religiosa para otra sesión. Esto no fue cosa del Papa, sino de una minoría, unos 200, italianos, españoles, colombia-